LA TORRE EIFFEL*

*Dino Buzzati***

Qué buenos tiempos aquellos cuando trabajaba en la construcción de la Torre Eiffel. Y yo no sabía lo feliz que era. La construcción de la Torre Eiffel fue una cosa bellísima y muy importante. Como podrían ustedes darse cuenta, lo que hoy conocen como la Torre Eiffel no es nada comparado con lo que era entonces. Las dimensiones, para empezar. Es como si se hubiera contraído. Cuando paso por ahí, alzo los ojos y la miro desde abajo. Me esfuerzo en reconocer el mundo donde viví los mejores días de mi vida. Los turistas toman el ascensor, suben a la primera terraza, a la segunda, gritan, ríen, toman fotografías, graban videos con sus cámaras a color. Pero los pobrecitos no saben, no podrían saber. En las guías turísticas puede leerse que la Torre Eiffel mide trescientos metros, más los veinte de la antena. Eso decían ya incluso los periódicos de la época, antes de que comenzaran los trabajos de construcción. Y a la gente trescientos metros le parecían ya una locura. Solo trescientos. Yo trabajaba en las oficinas de Runtiron, cerca de Neuilly. Era obrero mecánico, y de los buenos.

Una tarde, cuando me enfilaba ya a mi casa, me detiene en la calle un hombre de unos cuarenta años que llevaba un sombrero de copa.

—¿Es usted el señor André Lejeune? —me pregunta.

—Precisamente —le respondo—. Y usted es...

*Traducción de Adrián Chávez.

** Dino Buzzati Traverso (Belluno, 16 de octubre de 1906-Milán, 28 de enero de 1972) fue un novelista y escritor de relatos italiano, así como periodista del *Corriere della Sera*.

—Soy el ingeniero Gustave Eiffel y quisiera hacerle una propuesta. Pero primero tengo que enseñarle algo. Mi coche está por acá.

Subo a la carroza del ingeniero, que me conduce a un cobertizo edificado en un prado de la periferia. Hay ahí más o menos una treintena de hombres jóvenes trabajando en silencio sobre grandes mesas para diseño. Ninguno se digna siquiera a mirarme.

El ingeniero me lleva hacia el fondo del salón, donde hay, recargado en la pared, un cuadro de un par de metros de alto con una torre dibujada.

—Voy a construirle a París, a Francia, al mundo, esta torre que ve aquí. De fierro. Y va a ser la torre más alta del mundo.

—¿Qué tan alta? —le pregunté.

—El proyecto oficial contempla una altura de trescientos metros. Esa es la cifra que negociamos con el gobierno, para que no se asustaran. Pero serán muchos más.

—¿Cuatrocientos?

—Mire, joven, por ahora no puedo hablar de ello. Dele tiempo al tiempo. Pero se trata de una empresa maravillosa, y participar en ella debe considerarse un honor. Si lo busqué a usted es porque me dieron muy buenas referencias de su trabajo como obrero. ¿Cuánto gana en Runtiron?

Le digo mi salario.

—Si te vienes conmigo —dice el ingeniero, pasando bruscamente al tuteo—, vas a ganar el triple.

Acepté. Pero el ingeniero añadió en voz baja:

—Se me olvidaba algo, André querido. Yo estoy en toda la disposición de que seas parte del equipo, pero antes tienes que prometer una cosa.

—Siempre que sea honorable —arriesgué, un poco asombrado de tanto misterio.

—El secreto —dijo.

—¿Cuál secreto?

—¿Puedes darme tu palabra de que no hablarás con nadie, ni siquiera con tus seres queridos, de nuestro trabajo? ¿De que nadie, ni un alma, sabrá qué harás o cómo lo harás? ¿De que no revelarás ni un número, ni una medida, ni un dato, ni una cifra? Piénsalo, piénsalo bien antes de estrecharme la mano, porque este secreto podría pesarte un día.

Me mostró una hoja membretada, con el contrato laboral, en el que estaba escrita la cláusula sobre guardar el secreto. Lo firmé.

Los trabajadores de la obra eran centenas, quizá miles. No solo no conocí en persona a cada uno sino que ni siquiera los vi a todos, porque se trabajaba en brigadas que se sucedían ininterrumpidamente en tres turnos por cada veinticuatro horas.

Terminados los cimientos, los mecánicos empezamos a montar las vigas de acero. Al principio hablábamos poco entre nosotros, quizá a causa del juramento de secrecía. Pero de algunas frases que soltaban aquí y allá comenzaba a deducir que mis compañeros habían aceptado el empleo solo por el salario excepcional. Ninguno, o casi ninguno, creía que la torre llegaría a terminarse. La consideraban una locura, demasiado para la fuerza humana.

Con los cuatro pies gigantescos plantados en la tierra, el almacén de hierro crecía perceptiblemente. Más allá de las vallas, en los márgenes de la enorme obra, se detenían día y noche las multitudes para contemplar cómo nosotros, como hormigas, hacíamos malabares suspendidos allá arriba, en la telaraña.

Los arcos del pedestal se soldaron con éxito. Las cuatro columnas vertebrales se erigieron casi totalmente inclinadas y luego se juntaron para formar una sola que se afinaba poco a poco. Al octavo mes se cumplió la cuota de los cien metros y se ofreció un banquete extramuros para el personal, en un restaurante a las orillas del Sena.

Entonces ya no se oían palabras de desconfianza. Por el contrario, entre los obreros, los capataces, los técnicos y los ingenieros permeaba un extraño entusiasmo, como en la víspera de un acontecimiento extraordinario. Una mañana, a inicios de octubre, nos encontramos envueltos por la niebla.

Se creyó que era un manto de nubes bajas que se había estancado sobre París, pero no era así.

—Mira ese tubo de allá —me dijo Claude Gallumet, el obrero más pequeño y flaco de mi brigada, de quien me había hecho amigo. De un grueso tubo de hule pegado al almacén de hierro salía un humo blanquecino. Había cuatro, uno por cada ángulo de la torre. De ahí salía un vapor denso que poco a poco había formado una nube que ni subía ni

bajaba, y dentro de este enorme paraguas de algodón nosotros seguíamos trabajando. Pero ¿por qué? ¿Por el secreto?

Los dueños de la construcción ofrecieron un nuevo banquete cuando logramos los doscientos metros, y hasta los periódicos hablaron del asunto. Pero en torno a la obra ya no se detenían las multitudes a vernos trabajar, porque aquel ridículo sombrero de niebla nos escondía de sus miradas. Y los periódicos alababan el artificio: aquella condensación de vapores, explicaban, impedía que los trabajadores, izados sobre la estructura aérea, pudieran evaluar el abismo que tenían debajo, y así se evitaba el vértigo. Una reverenda estupidez, en primer lugar porque para entonces ya estábamos acostumbradísimos al vacío, y además, porque incluso en caso de vértigo, no había posibilidad de una desgracia, ya que cada uno de nosotros llevaba un sólido cinturón de cuero que se aseguraba con una cuerda, tramo a tramo, a las estructuras circundantes.

Doscientos cincuenta, doscientos ochenta, trescientos..., ya habían pasado casi dos años. ¿Se acercaba el final de la aventura? Una tarde nos congregaron bajo la gran cruz de la base, y el ingeniero Eiffel habló con nosotros. Habíamos cumplido nuestro compromiso, dijo, habíamos dado prueba de tenacidad, maestría y coraje, y por ello, incluso, la empresa constructora nos había asignado un premio especial. Quien quisiera podía volver a casa. Pero él, el ingeniero Eiffel, esperaba que hubiera voluntarios dispuestos a continuar a su lado. ¿Continuar qué? El ingeniero no podía explicarnos, pero si los trabajadores confiaban en él, nos aseguraba que valdría la pena.

Igual que algunos otros, decidí quedarme. Y aquello se volvió una especie de conspiración descabellada, de la que nadie ajeno sospechó, porque cada uno de nosotros permaneció más que nunca fiel al secreto.

Así que con la cuota de los trescientos metros, en vez de esbozar el almacén de la cúspide se alzaron nuevas vigas de acero, una sobre la otra, en dirección al cenit. Fuste tras fuste, fierro sobre fierro, una viga sobre otra y los tornillos en las tuercas y el estrépito de los martillos, toda la nube vibraba como una caja de resonancia. Nosotros, era como si voláramos. Hasta que, a fuerza de subir, terminamos por dejar atrás la grupa de la nube, que quedó entera bajo nosotros y, aunque los parisinos seguían sin vernos a causa de aquella pantalla de vapor, nosotros

nos movíamos a nuestras anchas en el aire puro y límpido de las alturas. Y en ciertas mañanas de viento se divisaban los Alpes lejanos, cubiertos de nieve.

Estábamos ya tan arriba que subir o bajar consumía más de la mitad del horario de trabajo. Entonces no había elevadores. Día con día el tiempo de trabajo útil se reducía. No tardaba en llegar el momento en que, al llegar a la cima, tendríamos que emprender inmediatamente el descenso. Y la torre dejaría de crecer, ni un metro más. Se decidió entonces instalar arriba, entre las vigas de hierro, unas cabañas, como nidos, que desde la ciudad no se veían dado que estaban escondidas por la nube de niebla artificial. Allí dormíamos, comíamos y por la tarde jugábamos a las cartas, cuando no entonábamos himnos de ilusiones y victorias. Abajo, a la ciudad, bajábamos por turnos solo en los días festivos. Fue durante ese periodo en que, lentamente, se comenzó a intuir la verdad increíble, el motivo de todo aquello; es decir, el secreto. Y nosotros ya no nos sentíamos obreros mecánicos, sino pioneros, exploradores; éramos héroes, santos. Lentamente, se comenzó a intuir que la construcción de la Torre Eiffel no acabaría nunca, y entonces entendimos por qué el ingeniero había querido aquel desmesurado pedestal, aquellas cuatro ciclópeas patas de hierro que parecían una completa exageración. La construcción no terminaría nunca y por la perpetuidad de los tiempos la Torre Eiffel continuaría creciendo hacia el cielo, por encima de las nubes, las tempestades, los picos del Gaurishankar. Mientras Dios nos diera fuerzas, continuaríamos acoplando las vigas de acero una sobre otra, cada vez más alto, y después de nosotros lo harían nuestros hijos, y nadie de la chata ciudad de París se enteraría, porque la sordidez del mundo nunca podría entenderlo.

Es verdad que abajo tarde o temprano perderían la paciencia, habría protestas y quejas oficiales en el parlamento. ¿Cómo era posible que nada más no terminaran de construir la bendita torre? Ya se habían alcanzado los trescientos metros previstos, que se decidieran a construir la cúpula final y basta. Pero nosotros encontraríamos pretextos, incluso conseguiríamos colocar a alguno de los nuestros en el parlamento o en los ministerios, enfriaríamos los ánimos, la gente del bajo mundo

se resignaría y nosotros llegaríamos cada vez más alto en el cielo, en exilio sublime.

Abajo, más allá de la blanca nube, se oyó un ruido de fusilería. Descendimos un buen tramo, atravesamos la niebla, nos asomamos por el límite inferior de la bruma, miramos por el catalejo; hacia la obra, avanzaban concéntricamente soldados de la guardia real, policías, inspectores, jefes de las unidades de los batallones del ejército y de la armada con actitud amenazadora, malditos ellos y todos sus hijos.

Enviaron arriba un mensaje: ríndanse y bajen de inmediato, perros, ultimátum de seis horas, después se abrirá fuego, fusilería, metralleta, cañones ligeros, con eso es suficiente para unos bastardos como ustedes.

Había un sucio judas entre nosotros. El hijo del ingeniero Eiffel —el padre había muerto hacía algunos años— estaba pálido como un cadáver. ¿Cómo íbamos a defendernos? Con nuestros seres queridos en mente, nos rendimos.

Deshicieron el poema que habíamos elevado al cielo, amputaron el pináculo en los trescientos metros de altitud, le plantaron encima el sombrerito ese, miserable, que todavía ahora puede verse. La nube que nos escondía ya no existe, y de hecho, a causa suya hay pendiente un proceso en el Tribunal del Sena. Pintaron totalmente de gris el aborto de torre, y le colgaron unas largas banderas que, hoy que la inauguran, ondean al sol.

El Presidente llega con sombrero de copa alta y *redingote*, precedido por la cuadrilla imperial. Los repiques de la fanfarria resplandecen como bayonetas. Las tribunas de honor florecen de mujeres hermosas. El Presidente pasa revista al guardia de los coraceros. Los vendedores de recuadros y distintivos se pasean entre la gente. Sol, sonrisas, bienestar, solemnidad. Más allá de la obra, perdidos en la multitud de marginados, nosotros, los viejos y cansados obreros de la Torre, nos miramos unos a otros, con las barbas grises surcadas por ríos de lágrimas. Ah, la juventud.